

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE UNA CIVILIZACION DEL CAFE

Philippe Périer

Un país en el cual el 47% de las explotaciones agrícolas es café, en el que la cuarta parte de la población vive en las plantaciones de café, y donde el 51,4% de las exportaciones son de café, (e incluso los 4/5 en 1883), puede ser calificado como "una civilización del café". Este país es la pequeña Costa Rica. La "Suiza" de América Central, estrecho corredor de 50.000 Kms. cuadrados, donde en 1957, sobre una población total de 1.050.000 habitantes, más de la mitad, 550.000 h., residía en la "Meseta", especie de ancho valle de 80 Kms. sobre 30, situado a una altitud que varía entre 800 y 1.500 metros.

Ahora bien, esta minúscula región donde se encuentran la Capital y las más importantes aglomeraciones, cabeza y corazón del país, con una densidad de población de 142,3 h. por Km². o sea, casi el doble que en Francia, es la que produce la mayor parte del café, es decir, alrededor del 70% de la cosecha total del "grano de oro". Las otras regiones, situadas a poca altura sobre el nivel del mar, son la tierra de los productos tropicales, tales como banano y cacao, y subsidiariamente, una especie de "Lejano Oeste", donde se cría el ganado en gran escala en las vastas "pampas" del Guanacaste. Sin embargo, estas regiones están casi despobladas: la densidad demográfica es muy baja: 13,11 e incluso 6 h. por Km², según las provincias. Es, pues, verdaderamente, la "Meseta" la tierra del café, la que rige todo en Costa Rica. De ahí el interés de un estudio monográfico y sociológico de este país.

Llegado hace poco a Costa Rica, no nos hemos podido entregar todavía al exhaustivo trabajo que merece la cuestión del café. Aquí, pues, no se tratará sino de observaciones preliminares, de un primer despeje del terreno de la investigación. Conviene recordar, primero, que el café no llegó a la América Central sino hacia el año 1810. Ciento cincuenta años, cinco generaciones, no es mucho al ritmo de la vida social, al menos hasta esta nueva época que vive el mundo desde la primera guerra mundial, después de la cual ha aparecido una aceleración fantástica en la velocidad de la evolución social. Pero este fenómeno aún no alcanza más que en forma muy atenuada regiones muy alejadas de los grandes centros de actividad intelectual, industrial o política. Ahora bien, Costa Rica, por su posición y sus peculiaridades geográficas y de clima, es un país muy aislado físicamente. La evolución social tuvo lugar, pues, más lentamente que en otras partes. Ciertamente, la aparición del café operó una gran transformación, pero no al punto de trastornar totalmente la psicología y la organización sociales del pueblo costarricense. Siglo y medio de evolución bastante lenta no han podido hacer desaparecer completamente la mentalidad del costarricense "precefetalero". De todas maneras, cuando se produce un gran fenómeno social, es indispensable conocer el estado anterior a ese fenómeno, a fin de poder medir la importancia de los cambios que dicho fenómeno ha aportado.

Esto es tanto más indispensable en el caso de Costa Rica, cuanto que este país se ha constituido de una manera radicalmente diferente de la de los otros países de la América Latina. Los conquistadores se encontraron ante dos situaciones diferentes:

- 1º. La existencia previa de grandes civilizaciones indígenas, tales como las de la meseta mexicana y los Andes.
- 2º. Regiones casi deshabitadas o fáciles de vaciar de sus antiguos ocupantes, de clima favorable a los blancos y accesibles a una importante inmigración, por naturaleza bastante ricos como para atraer esta inmigración. Es el caso de la Argentina, del Uruguay, de Chile y, en cierta medida, del Brasil.

En el primer caso, los españoles se superpusieron a las razas vencidas, las sometieron al trabajo, y poco a poco se mezclaron con los indios, en una proporción más o menos grande, según las regiones.

En el segundo caso, el clima y las riquezas naturales atraeron una importante inmigración española, a la cual se unieron, después de la Independencia, las de varios países de Europa: italianos en todas partes, alemanes en el Brasil y Chile. En Brasil, y en algunos otros países de clima tropical o semi-tropical donde los blancos tenían alguna dificultad para entregarse al trabajo manual hubo, antes de la Independencia, una importación más o menos importante de esclavos negros.

El caso de Costa Rica es radicalmente distinto del de las dos situaciones antes indicadas. Nos parece casi único en el mundo (al menos nosotros no conocemos ninguno que pueda serle comparado); y esto es lo que lo hace tan interesante.

AISLAMIENTO DE COSTA RICA

Aún hoy, en 1960, Costa Rica es uno de los países civilizados que permanecen más aislados. El Istmo Centro-americano tiene la forma de un cuerno de la abundancia, muy alargado, pero Costa Rica se encuentra en el fondo del cuerno, que es sin salida, ya que del lado de Panamá hay muy altas montañas, la cordillera de Talamanca, que excede los 3.800 metros, bosques vírgenes, anchos ríos que cortan la llanura costera. Una reciente expedición de un club de montaña necesitó doce días, a partir del último lugar habitado, para escalar el punto culminante, el monte Chirripó, y volver. Es verdad que la famosa carretera panamericana está teóricamente terminada hasta la frontera, pero los puentes no están construidos aún, y al otro lado de la frontera hay un gran trecho sin hacer. Por eso no es raro ver llegar del Norte atrevidos trotamundos en vehículos de diversa clase, que desde los Estados Unidos o el Canadá no han encontrado dificultades mayores, chocar con sorpresa con esta especie de Finisterre, y verse obligados, si quieren continuar su aventura transamericana hasta la Patagonia, a embarcarse en uno de los escasos barcos que hacen la comunicación con Panamá. Quien dice escaso dice caro, y estos aventureros están por definición poco provistos de dinero. Sin embargo el Canal de Panamá es una de las grandes vías de tránsito del mundo, pero aunque un gran número de navíos lo cruzan, éstos tienen pocas veces razones valederas para desviarse hacia Costa Rica. Los paquebotes de gran tonelaje temen aproximarse a las malas radas de Limón (Atlántico) o de Puntarenas (Pacífico). Las instalaciones de estos puertos son primitivas e inseguras; faros y boyas no existen, o no son cuidados; además, las tarifas son muy elevadas, y los barcos no hacen escala en dichos puertos sino cuando tienen un flete que dejar o tomar que sea bastante importante como para justificar el gasto. Los productores y los comerciantes del país se quejan de estas altas tarifas; pero, ¿qué hacer? Sería preciso emprender y mantener grandes trabajos, y ¿quién podría pagarlos?

Si, por azar, se encuentra un barco para desembarcar en Limón, donde no hay sino un hotel de muy relativo confort, no hay carretera para subir a la Capital, sólo un pequeño ferrocarril de vía estrecha, perteneciente a una compañía inglesa. El tren necesita cerca de 6 horas para recorrer 165 Kms. Pero es verdad que se trata de un recorrido muy montañoso, con una garganta de 1550 metros de altitud. El transporte de las mercaderías es otro asunto: el rendimiento de las instalaciones por-

tuarias y del ferrocarril es tan débil que a cada momento hay acumulación; y, a menudo, es preciso esperar quince días, a partir de la llegada del vapor al puerto, para recibir un bulto. Como los cargos que tocan a Costa Rica son pocos y siguen itinerarios erráticos, los envíos de Europa deben ser a menudo transbordados, esperar días o semanas en los muelles de algún puerto de la región caribe, con riesgo de sufrir pillaje o daño, a causa del clima tropical. En resumen, es preciso esperar sus tres meses, teniendo buena suerte, para recibir a domicilio, en San José, la capital, una mercadería procedente de Europa, y no mucho tiempo menos si procede de los Estados Unidos. En el Pacífico, el puerto de Puntarenas no está mejor equipado que el de Limón. Pero hay un ferrocarril eléctrico, un poco más rápido, y la única carretera que une la capital con el mar, con servicios de transporte relativamente eficientes. Pero el paso por el Canal cuesta caro, y repercute sobre el precio de los transportes.

Fuera de un tráfico local de vecindad entre Costa Rica y Nicaragua por la carretera pan-americana, prácticamente no se entra ni se sale de Costa Rica más que por vía aérea: cerca de 50.000 pasajeros por año, en ambos sentidos; en tanto que en el puerto de Limón no embarcan o desembarcan más de 300 personas por año.

Si tal es la situación actual, uno puede imaginar la dificultad de llegar a este país antes de la era de la aviación y de los ferrocarriles. La vía férrea de Limón data de 1890; la de Puntarenas, de 1909. Impenetrables bosques vírgenes rodeaban la "Meseta" al Norte, al Este y al Sur, y mantenían un clima tropical, insoportable para los europeos. Se sabe que la empresa francesa del Canal de Panamá fracasó, en parte, a causa del clima y de las desgracias que cayeron sobre los trabajadores. Las llanuras costeras de Costa Rica debían ser igualmente malsanas y son necesarios los potentes medios modernos para poder construir carreteras en los países tropicales, donde las lluvias torrenciales durante ocho o nueve meses al año y la exuberancia de la vegetación hacen los trabajos difíciles y precarios.

Y, sin embargo, Cristóbal Colón había dado a esta tierra de costas inhospitables, el nombre de "Costa Rica". ¿Qué pudo inspirarle esas palabras prometedoras? Únicamente, parece, la presencia de indígenas portadores de collares, de brazaletes, de anillos y de pendientes de oro. Casi la sola riqueza buscada por los conquistadores era el metal considerado como precioso en Europa. Pero para los indios, que se encontraban aún en la edad de piedra, que ignoraban el hierro y el bronce, que apenas utilizaban el cobre, demasiado blando, y no sabían endurecerlo por aleación, el oro era más o menos el único metal conocido, la sola materia no precedera de la cual fuera posible sacar ornamentos finamente trabajados, más livianos y menos incómodos que las piedras, que como el jade y sus afines, ellos sabían también tallar y pulir sin instrumentos de metal. Para ellos, el oro era un metal corriente, bastante abundante en los numerosos torrentes que caen de las montañas. No tenía, desde luego, ningún carácter monetario. Para estos hombres semidesnudos, esta materia era indispensable para adornar su desnudez; más o menos todos se lo "vestían".

Colón hizo escala cerca de dieciocho días en un punto que debía llamarse, más tarde, Limón. Parece que creyó que esos indios ornamentados de oro pertenecían a una grande y rica nación del inmenso continente asiático. Era su cuarto y último viaje, y la segunda vez que posaba el pie en "tierra firme". En el tercer viaje había hecho una corta escala en la costa de Venezuela; pero, sin duda no había visto ahí mucho oro, de donde su entusiasmo en Limón. Pero sus sucesores no tardarían en desencantarse.

DEMOGRAFIA

En efecto, lo que Colón había tomado por la fachada de una rica nación, era casi la nada. El territorio que iba a convertirse en la provincia de Costa Rica no tenía más que una población dispersa de unas treinta mil almas, que los trabajos

forzados y las enfermedades traídas por los blancos iban pronto a diezmar. Dos siglos y medio después de la conquista, hacia 1714, no quedaba de ellos más que una tercera parte (1). Según la Sra. Doris Stone, directora del museo de San José, están reducidos a 5.000 (2).

Así, en la época de la conquista, Costa Rica contaba menos de 1 habitante por kilómetro cuadrado. Tenemos aquí un *primer hecho social de inmensa importancia*, que repercutirá sobre toda la evolución del país: la ausencia de una mano de obra suficientemente numerosa para ser aplicada, con los procedimientos acostumbrados en la época, para efectuar la explotación del territorio, es decir, el trabajo forzado de la esclavitud.

Un segundo hecho que parece surgir de lo que se sabe de las poblaciones indígenas es que la mayor parte del país estaba ocupada o recorrida por tribus, que, por comparación con el potente imperio azteca del Norte, se podría calificar de salvajes. Aunque la arqueología del país no esté más que en embrión (3), parece ya seguro que no existe en Costa Rica ningún monumento comparable a las potentes construcciones de los Mayas, de los Aztecas o de los Incas, testimonios de grandes civilizaciones. Sólo se encuentra tumbas o indicios de habitaciones. Tres tipos de poblaciones estaban esparcidas en el país:

1º.—En la altiplanicie central y la llanura atlántica, región húmeda de bosques sub-tropicales y tropicales, las tribus huetares, que parecen haber vivido en comunidades patriarcales aisladas, practicando el sistema de "Casa Larga", (habitaciones de 200 pies por 40', comunidades que contaban a veces hasta 100 personas). La base de la alimentación estaba compuesta de tubérculos y de los frutos harinosos de una especie de palmera, el pejibaye. Casi no conocieron el maíz, cereal por excelencia del continente americano. "Los tubérculos no necesitan tanto cuidado como el maíz; cuando la tierra estaba agotada, se la abandonaba". (4). Quiere decir que los huetares no practicaban más que un cultivo extensivo, semi-nómada, más próximo a la simple recolección que a la agricultura propiamente dicha, lo que casi es decir que no podían proporcionar más que una mano de obra extremadamente mediocre.

Una parte de esas tribus vivían, o se atrincheraron, en las inaccesibles alturas de la Cordillera de Talamanca. Los españoles se agotaron durante muchos años, tratando de someterlos. No lo lograron sino en parte, y hoy aún los pocos miles de descendientes de los huetares viven miserablemente, pero más o menos independientes, en la selva impenetrable de las pendientes del Este de la Cordillera.

2º.—Las tribus bruncas ocupaban la parte sur de la costa del Pacífico, y la vertiente sur de la Cordillera de Talamanca. Venidos tardíamente de la América del Sur, vivían en aldeas fortificadas. Eran hábiles en la metalurgia del oro y practicaban una agricultura más intensiva que los huetares, especialmente el cultivo del maíz. Sin embargo, sea que el oro no haya sido muy abundante, o estuviera en vía de agotarse, sea que esta zona de clima tropical y alejada de la Meseta Central no haya tenido muchos atractivos para los españoles, lo cierto es que éstos casi no hicieron más que excursiones. Sólo en los últimos años es que la región del Pacífico Sur ha venido siendo desarrollada por la Compañía Bananera, poderosa compañía norteamericana.

-
- (1) *Costarican Life* por JOHN and MAVIS BIESANZ, Columbia University Press, New York, 1944.
 - (2) *Los Indígenas Costarricenses Actuales* por Doris STONE, "La Nación", San José, 12/10/1959.
 - (3) Un encargado de misión del Museo del Hombre, M. BAUDEZ, acaba de terminar una campaña de excavaciones científicas en el Guanacaste.
 - (4) Páginas 18 y siguientes de la *Historia de Costa Rica* por CARLOS MONGE ALFARO, Imprenta Trejos, San José, 1960 (décima edición).

3º.—Las tribus chorotegas (4bis) estaban instaladas en la región Noroeste, el actual Guanacaste y la península de Nicoya. Estas, fuertemente influenciadas por el gran imperio del Norte, aun cuando no vinieron de la meseta mejicana, eran las únicas que poseían una organización semi-urbana y una economía agrícola basada completamente en el cultivo del maíz. Pero esta baja llanura tampoco estaba hecha para atraer a los españoles. Estos no debían instalarse en ella sino más tarde, para hacer en gran escala la cría de ganado. Hoy aún, la densidad de la población es una de las más débiles del país.

Desde el descubrimiento de Costa Rica por Colón en 1502, hasta 1560 aproximadamente, los conquistadores exploraron el país, pillando a los indios para alimentarse, buscando, sin gran resultado, cómo procurarse oro; en fin, sometiendo a algunos huetares de la Meseta, para instalarse en ella. En 1561 crearon los primeros establecimientos fijos a mediana altitud, a poca distancia del Pacífico, en uno de los valles que desembocaban en la entrada del Golfo de Nicoya. Pero se trataba de tierras pobres, pocos indios habían podido ser sometidos, y los colonos vegetaron miserablemente. En 1563 los españoles repararon en el rico valle del Guarco, en la vertiente del Atlántico. Fundaron ahí a Cartago, que se convirtió en el centro administrativo de la provincia, y allá se trasladaron los primeros establecimientos de la vertiente del Pacífico.

La tradición refiere que cincuenta familias participaron en este primer ensayo de colonización, que permaneció mucho tiempo miserable, por las mismas razones esenciales: escasez de la mano de obra indígena, mala calidad de la misma (5), frecuentes ataques de sus hermanos de raza. Los conquistadores, en vez de consagrarse, si no al trabajo, al menos a dirigirlo, se agotaron en expediciones contra los indios, o en la búsqueda del oro. El único cultivo posible era el del propio sustento: se producía justo con qué no morir de hambre. No se había encontrado nada que fuese exportable, salvo un poco de bizcocho para los navíos que tocaban en los

(4 bis) Véase: *Los Nicara y los Chorotegas, según las fuentes históricas*, por Anne M. CHAPMAN, Universidad de Costa Rica, 1960.

- (5) Se podría creer, a primera vista, según los documentos sobre los repartimientos de indios entre los conquistadores, que éstos, al menos en los comienzos, tenían abundante mano de obra. Según la obra póstuma del ilustre arzobispo de San José, Monseñor Víctor SANABRIA MARTINEZ (*Genealogías de Cariago hasta 1850*, 6 tomos, San José, 1957), el primer gran repartimiento fue efectuado en 1569, por el Gobernador PERAFAN de RIVERA. Da la lista nominal de los beneficiarios, cada nombre seguido generalmente del número de esclavos que se le adjudicaba. Pero, en cierto número de casos, sólo se indica: "Los indios de tal aldea". Si se adicionan las cifras dadas, se llega a 13.250 indios, repartidos entre 55 españoles. Cada uno de éstos "recibía" entre 100 y 600, lo que parecía "confortable". Si se admite un promedio de 200 para las atribuciones no cifradas, se llega a un total de más de 17.000 indios repartidos. Pero Monseñor Sanabria hacía observar que esta repartición era bastante teórica. Ciertos jefes importantes o "bien vistos", se veían adjudicar Indios ya sometidos. Pero, la mayor parte eran simplemente autorizados, por el acto de PERAFAN, a hacer una recogida de esclavos ahí donde pudieran. En realidad, la mayor parte de estos indios eran inaccesibles, sea porque permaneciesen en estado de rebelión armada en los bosques vírgenes o en las escarpaduras de Talamanca, sea que estuviesen demasiado alejados de la Meseta Central, lo que era el caso del principal pueblo indio, el de los Chorotegas, que representaba por sí solo casi la mitad del efectivo total. Según otro autor más reciente, que parece haber dispuesto de una documentación más extensa, el señor Ricardo BLANCO SEGURA (*Historia Eclesiástica de Costa Rica*, San José, 1960), son 23.250 indios los repartidos en 1569, entre 82 conquistadores. Pero, él también estima que la cifra es muy exagerada. No habría habido, en 1569, en la parte conocida y conquistada de Costa Rica, más que una población total de 13.000 habitantes, con los españoles inclusive. Parece, pues, en definitiva, que, con excepción de algunos guerreros más afortunados o poderosos, cada español no haya dispuesto sino de una mano de obra muy reducida, poco apta para el trabajo, y siempre lista para escaparse. Los 30.000 indios del comienzo estaban reducidos a 14.903 en 1611, y a 10.100 en 1751.

puertos del Istmo de Panamá, y una participación en el comercio de mulas de carga que venían de Nicaragua, y que servían para el traslado de mercancías de un océano a otro. De ahí que los desdichados colonos no pudieran procurarse los textiles, ni otros productos fabricados, de los cuales tenían necesidad.

A principios del siglo XVII se encontró, al fin, un cultivo rico de exportación: el cacao. Pero era un cultivo de tierra cálida y húmeda, practicable solamente en la llanura costera atlántica. Durante algunas decenas de años, fue una fuente de riqueza para los "encomenderos" (poseedores de esclavos) de Cartago, que hicieron explotar sus cacahuatales por medio de siervos indios o negros, es decir, como *propietarios ausentes*, lo que, en ningún tiempo ni en ningún país, ha sido considerado como un buen procedimiento de explotación agrícola. Buenos hidalgos, no podían decidirse a poner la mano en la masa; y además, era humano preferir el confort relativo y el clima de montaña de Cartago (1400 ms.) a las instalaciones hechas al azar y al sofocante calor tropical de la llanura.

Esta modesta prosperidad no duró. En 1641 un navío negrero portugués naufragó cerca de la costa de Nicaragua. Los negros se salvaron a nado, y se refugiaron entre los indios Mosquitos que habían conservado su independencia. En pocos años resultó un pueblo de zambos, feroz y pendenciero. Armados por los piratas ingleses de Jamaica, no tardaron en hacer regularmente correrías devastadoras en las plantaciones de cacao. Los piratas, a su vez, los Morgan, los Manfield y otros, hicieron numerosas expediciones de pillaje. Poco a poco los colonos recayeron en la extrema miseria de antes.

El lejano pero molesto Gobierno español casi no los ayudaba. La Capitanía General de Guatemala, de la cual dependían, estaba a unos mil kilómetros. La rígida reglamentación colonial les hacía pagar a altos precios las pocas mercancías españolas, que estaban obligados a comprar con exclusión de cualquiera otros productos. Estaban reducidos a comprar de contrabando a sus enemigos, los mosquitos y los piratas.

El aislamiento, la mala reputación de un país que, decididamente, no era Costa Rica más que de nombre, hizo que la pequeña colonia de Cartago no pudiese sino vegetar durante dos siglos y medio. Los colonos no venían, y con gran dificultad (ya hemos indicado cuanto era difícil llegar al país) de Nicaragua, de Guatemala o de Panamá, sino con cuenta-gotas. Es interesante constatar que este país que hoy tiene uno de los índices de crecimiento más elevados del mundo, por su increíble tasa de natalidad (pues la inmigración se ha mantenido muy escasa), ha permanecido casi estacionario desde el comienzo del siglo XVII hasta a mediados del XVIII. Según el anuario de 1958 de la Dirección General de Estadística de Costa Rica, la población ha aumentado de la manera siguiente (6):

- (6) La repartición por razas está tomada de la *Monografía de la población de Costa Rica en el siglo XIX* (reeditada por la Dirección General de Estadística de Costa Rica, 1951), de la obra de Monseñor Thiel, obispo de San José, 1900, y del Censo oficial de 1927. La disminución de "Españoles", en la segunda parte del Siglo XVIII, proviene del hecho, según la *Monografía* mencionada, de que, hasta esa época, los curas consideraban como españoles a todos los descendientes de éstos, sin preocuparse del color de la madre. A partir de 1750, en razón de cierta tendencia aristocrática, que no existía antes, ya se fue más estricto. En consecuencia, en 1751 al fin del siglo, los mestizos o "ladinos" pasan de 3057 a 30.413. Algunos tenían poco o nada de sangre india; pero por una residencia secular sobre la tierra y los rudos trabajos agrícolas, habían perdido los caracteres de su origen hidalgo, y sufrieron los cambios provocados por el Sol y la Tierra.

En lo que concierne, sin embargo, al cruzamiento con los indios, Monseñor SANABRIA (op. cit.) declara que, según sus investigaciones genealógicas sobre las familias de Cartago, que están en el origen de casi toda la población del país, "son bien contadas las que lograron escapar a la fusión de las razas, y a mantener la pureza de su sangre de origen". Según el censo de 1927, más del 80% de la población está clasificada como blanca; pero hemos podido constatar que aún las mejores familias de

Fecha	Habitantes	Españoles	Indios	Mestizos	Negros	Mulatos
1611	15.538	330	14.903	25	25	250
1700	19.293	2.146	15.489	213	156	2.291
1751	25.000	7.807	10.000	3.057	49	2.987
1801	52.591	4.942	8.281	30.413	30	8.929
1865	120.500					
1892	243.200					
1900	307.499					
1927	473.920					
1943	668.829					
1959	1.134.626					

Se ve que hasta 1751 la población no se ha duplicado en 150 años. Pero, a partir de esa fecha, se ha duplicado, primero en 50 años, y después en 30. Es evidente que este fenómeno demográfico es índice de alguna muy profunda transformación social, que vamos a estudiar ahora.

EL NACIMIENTO DE UNA DEMOCRACIA RURAL

A medida que los colonos de Cartago se vieron arruinados por las incursiones de los mosquitos y de los piratas en sus plantaciones de cacao, empezaron a abandonar su "capital" y sus pocas aldeas, para enterrarse con su miseria en las soledades de la "Meseta".

Es el suceso principal que se produjo en Costa Rica hasta la llegada del café. Es preciso, ante todo, representarnos el minúsculo establecimiento de Cartago en sus orígenes. La instalación de los colonos ahí se hizo en 1563. En el tiempo del "Repartimiento" de 1559, la población española, casi concentrada en esta aldea, era de 113 personas, inclusive los religiosos. En 1575, el gobernador ARTIEDA trajo 250 hombres, acompañados de algunas mujeres y niños. Monseñor SANABRIA publica en su obra (op. cit., Nota 5) un documento de la época que constituye, en cierto modo, el catastro de Cartago en 1608. Había 68 construcciones, que comprendían 55 casas de habitación, cuyos propietarios se nominan. He ahí, sin duda, el origen de la tradición de las 50 familias fundadoras de Costa Rica. En 1630 había 68 casas; y en 1690, 101. El crecimiento ha sido, pues, muy lento. En los alrededores había algunas aldeas, pobladas sobre todo de indios y de mestizos.

De los 250 españoles que habitaban Cartago hacia 1611, solamente una parte, aquellos que poseían algunos indios, pudieron entregarse a la gran empresa del cacao, que iba a ser provechosa durante unos cincuenta años. Los otros no podían sino subsistir miserablemente de los cultivos de alimentación básica. No faltando espacio ni agua, los colonos eran llevados, para economizar trabajo y aprovechar mejores terrenos, a dispersarse a lo largo de los ríos, y a alejarse de la villa, a fin de tener más cerca su trabajo y poder vigilar sus pocos indios, y también, para esconder su miseria. Este movimiento centrífugo no dejó de aumentar. He aquí lo que escribía, más de un siglo después, el Gobernador de Cartago, Diego de HAYA, (en 1719): "A pesar de que esta villa cuenta con muy pocas casas, todavía son menos los habitantes, pues las gentes tienen sus haciendas en los alrededores, donde viven habitualmente, a causa de la profunda pobreza del país. Hay más de 300 familias en esos campos, habitando en cabañas de paja, criando cada un 4 cabezas de ganado y cul-

la Meseta, según la Revista de Genealogía, cuentan Indios, a menudo "Caciques" entre sus antepasados. En cuanto al "Lejano Oeste" del Guanacaste, su población es excepcionalmente mestiza. En 1927, de 51.000 habitantes, 34.000 estaban clasificados como mestizos; solamente 16.000 como blancos. Los negros (18.000 sobre 19.000) residen casi todos en la Provincia de Limón, donde forman la mayoría de la población de 32.000 habitantes.

tivando su maíz. No vienen a la villa sino los días de fiesta, para oír la misa. Los otros días no se encontraría 10 o 12 hombres. En las aldeas vecinas hay 114 familias aún más miserables, que se visten con cortezas de árboles preparadas especialmente" (7). Desde el comienzo del siglo XVII esa dispersión de los colonos se orientó hacia la porción más próxima de la vertiente del Pacífico.

Desde 1650, 450 familias estaban establecidas en Barba y Aserrí, a orillas de lo que se convertiría en el valle de San José (8). El movimiento debió crecer a medida que las plantaciones de cacao de la llanura fueron más frecuentemente devastadas por los zambos-mosquitos y los piratas ingleses (9). Era una emigración pobre, sin mano de obra indígena, que se consagró por entero a los cultivos indispensables para la vida familiar, en parajes muy aislados. Fue preciso que la indigencia fuera en verdad formidable, para que una población constituida en gran parte, por hidalgos, poco habituados y poco dispuestos al trabajo manual penoso, consintiera en entregarse a él, con la circunstancia agravante del aislamiento. Esto ha parecido de tal manera extraordinario, de tal manera poco conforme con el carácter español, que algunos historiadores han tratado de explicarlo, afirmando que estos *pioneros eran*, sobretodo, gallegos; es decir, de una región de España, donde los campesinos tienen la reputación de ser trabajadores, industriosos, especie de auverneses hispánicos, que vivían en regiones apartadas.

Nosotros mismos, antes de interesarnos en esta cuestión, hacíamos una hipótesis en este sentido; pero las investigaciones genealógicas de Monseñor SANABRIA parecen anular tal hipótesis, lo mismo que la de los gallegos, como lo hace observar el mismo autor. Pudo estudiar el lugar de origen de 476 habitantes de Cartago, sobre todo del siglo XVIII, ya que hay muy pocos documentos para los siglos anteriores. De estos 476, hay 285 originarios de España, de provincia conocida; 116 de la América Central; 31 de la América del Sur, evidentemente originarios de España, pero sin que se pueda determinar la provincia; 44 de otros países. De los 285, 165 son originarios de las provincias más patriarcales: 75 de Andalucía, 44 de Castilla, 17 de Extremadura, 10 de Murcia, 8 de León, 9 de Canarias, 1 de Orán, 1 de Valencia. El aporte de la España del Norte, húmeda y de población dispersa, cuyos habitantes tienen la reputación de ser más trabajadores, no es más que de 77; es decir, ni la mitad del contingente más meridional. De estos 77 hay 25 vascos; pero el autor piensa que se puede agregar 10 franceses, que eran probablemente vascos. Junto a los vascos, hay 9 navarros, luego 13 gallegos, 10 catalanes, 2 mallorquinas, 12 asturianos y 6 aragoneses.

Monseñor SANABRIA señala en su obra citada, que los vascos casi no llegaron a Costa Rica sino a partir del momento en que la costa norte de España fue abierta al comercio con América. El monopolio absoluto de Sevilla tuvo una primera excepción en 1728, con la fundación de la Compañía Real Guipuzcoana de Caracas; pero fue solamente en 1778 que la libertad de comercio con América fue concedida a numerosos puertos del Atlántico y del Mediterráneo. La llegada de vascos y navarros, finalmente tan numerosos en las "Genealogías" de Monseñor SANABRIA como los castellanos, no debió ser apreciable sino a partir del segundo tercio del siglo XVIII; y la de los catalanes, aragoneses y mallorquinas, sino a partir del tercer tercio. El poblamiento de la vertiente del Pacífico de la Meseta se hizo, pues, durante más de un siglo, sin, o con una participación muy reducida de las regiones del Norte de España. Se puede, pues, tener por un hecho este curioso fenómeno social de selección por la miseria: la transformación en agricultores empeñosos de hidalgos

(7) *Historia del desarrollo de la Instrucción Pública*, por L. F. GONZALEZ, San José, 1945 (pág. 18).

(8) "*Historia de Costa Rica*", Op. cit.

(9) Según la *Historia de Costa Rica*, las plantaciones perdieron los 3/4 en el curso del Siglo XVIII.

castellanos y andaluces, tan poco preparados como era posible que lo estuvieran, para el esfuerzo físico de la labranza, para el "rebajamiento" a un oficio tan "vil", y para la prueba moral de la completa soledad.

Todos los autores están de acuerdo en reconocer su empecinamiento en aislarse dentro de las propias parcelas. A pesar de su fe católica no pudieron resolverse a vivir cerca de las pocas parroquias (4 en total) fundadas hacia 1575 en la parte Oeste de la Meseta. Durante todo el siglo XVII no hubo ninguna fundación de parroquias en esta región. Los colonos vivieron, pues, cada vez más en un estado de abandono y de aislamiento total, sin cumplir sus deberes religiosos, sin escuelas, sin administración. Se citan numerosos casos en que, durante años, los "Cabildos" (Municipalidades) no pudieron procurarse escribano público, tan general era la ignorancia; casos en que los cargos públicos (que eran venales) no pudieron encontrar quien los ocupara, tan extendida estaba la miseria. Hombres y mujeres no tenían con qué cubrirse decentemente. Era una razón de más para evitar la Iglesia.

Habiendo aumentado de todos modos la población, de 330 blancos en 1611 a 2146 blancos o "ladinos" (mestizos considerados como blancos) en 1700, durante el siglo XVIII fueron creadas cinco parroquias en la parte Oeste de la Meseta, parroquias que se han convertido hoy en las aglomeraciones principales de la región: Heredia en 1706; San José en 1736; Tres Ríos en 1760; Alajuela en 1790; Escazú en 1799. Hasta la fundación de estas parroquias, los colonos habían sido obligados a frecuentar las iglesias de Cartago, a una distancia entre 15 y 30 kilómetros; por lo cual habían suplicado en vano, según parece, ser administrados por los misioneros instalados por todas partes y encargados de la conversión de los indios. Se esperaba que la creación de estas parroquias provocara cierta concentración de la población alrededor de las iglesias, pero no sucedió así. Quince años después de la fundación de San José, la aldea no contaba sino con 11 casas con techo de tejas de barro cocido, y 15 con techo de paja, según el informe de visita del Obispo de Nicaragua (10). Y sin embargo, el conjunto del territorio de esta parroquia contenía 416 habitaciones, 399 familias, 2330 almas (11).

Entonces las autoridades civiles y religiosas emitieron decretos obligando a los habitantes a construirse al menos una casa cerca de la iglesia parroquial. El obispo de León llegó hasta ordenar en 1748 a sus sacerdotes que hicieran un llamamiento al brazo secular para destruir las habitaciones de los recalcitrantes. El cura de Heredia fue el primero en obedecer, y al frente de una tropa de 25 hombres fue a Alajuela y quemó 21 casas para obligar a los habitantes a trasladarse a la parroquia (12).

A pesar de estos procedimientos bárbaros, los colonos continuaron su resistencia pasiva. Algunos, para tener paz, se construyeron una casa en la aldea, pero no habitaban en ella prácticamente nunca; o bien se trataba de un simulacro de casa en realidad inhabitable. Así se constituyó, a lo largo de estos dos siglos, esa democracia campesina de extrema pobreza, pero, según parece, físicamente sana y fuerte, gracias a un buen clima y a una alimentación suficiente, puesto que, en suma, estaba constreñida a cultivar solamente para vivir, sin posibilidad de exportar o vender. Las familias estaban sin duda organizadas bajo la forma patriarcal, viviendo varias generaciones bajo el mismo techo. Desde el punto de vista moral, la profunda ignorancia, la falta de enseñanza, la dificultad de recibir los sacramentos, hacían que la gente viviera a menudo en concubinato, y que hubiera muchos incestos. Pero era menos por vicio que por las miserables condiciones de vida. La fe católica permanecía viva y sincera, aunque poco comprendida, y manifestándose sobre todo en la

(10) *Historia de Costa Rica*, Op. cit. p. 121.

(11) BLANCO SEGURA, Op. cit. en la N^o 5 de estas notas, pág. 204.

(12) *Ibid.* pág. 168.

conducta externa procesiones, fiestas de cofradías, veneración de imágenes y fuegos artificiales.

Esta sociedad campesina era igualitaria, sin clases, pues todos vivían en una misma desnudez material e intelectual. No podía producir ni una *élite* patronal, ni una clase media de comerciantes e industriales, ni miembros de carreras liberales. Las únicas personas que tenían alguna cultura eran los miembros del clero, que se formaban lejos, en el colegio de León (Nicaragua), y en la Universidad de San Carlos (Guatemala). Eran los únicos maestros de escuela; y a falta de todo hombre del arte, practicaban una medicina rudimentaria. No fue sino hacia el fin del régimen colonial, en 1814, que se fundó en San José la "Casa de Enseñanza de Santo Tomás", embrión de la futura Universidad de Costa Rica.

Solamente la capital, Cartago, parece haber conservado, en torno a la administración española, una pequeña sociedad de propietarios absentistas, que subsistían de lo que quedaba de la producción del cacao, y que llevaban vida bastante feliz, en la ociosidad, el juego y las "tertulias". Pero ahí no estaba el porvenir del país. El cacao iba muriendo y los que habían vivido de él sobrevivían penosamente.

¿De dónde viene el crecimiento demográfico acelerado que se nota en la segunda mitad del siglo XVIII? Ciertamente, esta fue la época en que vinieron los vascos, los navarros, los catalanes y los gallegos. Habitados al cultivo de montaña, a la granja aislada, no podían sino integrarse en el sistema de democracia rural que se había instaurado desde hacía más de un siglo. Numéricamente poco numerosos (véase las cifras antes citadas), parece que no es la llegada de estos hispánicos del Norte la causa directa de este flujo demográfico. A lo más contribuyeron con una sangre nueva a esta vitalidad. Quizá, también, estas bellas razas montañosas han acentuado el carácter europeo del costarricense, hasta entonces, sobre todo, físicamente andaluz, y debiendo contar, en consecuencia, con una buena proporción de sangre árabe o bereber. Un hecho es sorprendente, y aún un poco misterioso en este país: es la belleza, la finura fuera de lo común de la media de las mujeres y de los niños aún en las más humildes aldeas, y se ve una proporción no despreciable de rubios. Es señal de una armoniosa mezcla de razas, con predominio de la blanca, y el resultado de una vida sencilla, sana y laboriosa.

Estas aportaciones nuevas no han podido sino acentuar la fórmula social nacida de la miseria de los primeros colonos, y darles más dinamismo. Pero según parece, el aumento de población de esta masa campesina, se debió más que todo, a la procreación, escudada en la independencia casi feroz de sus pequeños dominios. No había nada que perder con eso; había espacio por delante; y una numerosa mano de obra familiar gratuita era una ventaja; y había en ello una esperanza de menor miseria para el porvenir.

EL MILAGRO DEL CAFE

Los historiadores no están de acuerdo sobre la procedencia y la fecha de llegada del café a Costa Rica. Las fechas varían entre 1790 y 1819. Según un artículo publicado en la "Revista de la Academia Costarricense de la Historia" (1959) por el Lic. Cleto GONZALEZ VIQUEZ, el primer café para plantar habría sido importado de Jamaica en 1808, por el Gobernador Acosta. Pero no fue sino hasta 1832 que se exportaron los primeros sacos a Chile; y en 1843 comenzó la exportación directa al mercado de Londres. Se puede, pues, admitir que fue hacia mediados del siglo XIX que comenzaron a hacerse sentir los efectos económicos y sociales de lo que un historiador costarricense llama "el milagro del café" (13).

(13) *Historia de Costa Rica*, Op. cit. pp. 194 y siguientes.

La independencia de Costa Rica fue proclamada en 1821. Las repercusiones sociales de este acto político son, así, casi concomitantes con las que resultan del nacimiento de una "civilización del café" en el país. Las consecuencias de estos dos grandes hechos deben, necesariamente, entremezclarse, y obrar las unas sobre las otras. Se las debe estudiar, pues, simultáneamente.

España casi no tenía fuerzas en la América Central. Los encuentros militares tuvieron lugar en otras partes. La independencia cayó en el Istmo como un fruto maduro, porque la estación había llegado; o como una enfermedad contagiosa que había aparecido en Méjico o en la América del Sur, y cuyo virus llegó atenuado a la América Central. En Costa Rica, donde no había prácticamente más que una clase social, no podían producirse desórdenes sociales, como los hubo en Méjico, por ejemplo. Pero a causa de la falta de dirigentes experimentados, Costa Rica no encontró su equilibrio político sino a través de largos tanteos, golpes de Estado, dictaduras, unas cuantas pequeñas guerras civiles, hasta que aparecen élites pensantes y políticas. En conjunto, estos desórdenes fueron poco sangrientos, porque no existía y no se desarrolló una casta militar, ni casta de políticos profesionales. El clero, en los comienzos, jugó un papel importante, porque era el único elemento cultivado. Pero eso no duró. La "Casa de Enseñanza de Santo Tomás", las escuelas primarias, luego las escuelas secundarias, que antes no existían, liberadas de las estrechas limitaciones del régimen español, tomaron impulso. Poco a poco la instrucción se extendió: aparecieron administradores y políticos mejor preparados para su tarea. A pesar del aislamiento geográfico de Costa Rica, las ideas liberales soplaron sobre el país, y se desarrolló un movimiento laico, masónico e incluso anticlerical, inspirado en Europa (14). El clero pudo así volver progresivamente a sus atribuciones normales, y proceder a la amplia reforma que necesitaba. Pues en Costa Rica, como por otra parte, en casi toda la Iglesia, en el siglo XVIII, las costumbres del clero habían estado en profunda decadencia. El señor Ricardo Blanco menciona (15) "la triste, por no decir muy mala, situación del clero de esta época, sobre todo el secular. Entre sus elementos hubo hombres de gran ciencia y virtud; pero, en la mayoría de los casos, había gran inclinación por el juego, el comercio y las faldas; pero, sobre todo, un espíritu de intriga que los llevó a extremos lamentables". La Iglesia hizo un gran esfuerzo por acercar a los fieles al culto, multiplicando las parroquias y capillas; a fin de que las distancias no fuesen una excusa para la no frecuentación de ritos y sacramentos, como lo explicaba aquel cura de Heredia del siglo anterior que se quejaba de que de 12.000 feligreses, solamente la décima parte frecuentaba la parroquia (16).

Si una clase dirigente se delimitaba por el hecho de los acontecimientos políticos, el cultivo del café influía en el mismo sentido. En principio, el cultivo del café no es muy complicado; pero debe ser hecho a mano, y necesitaba de una muy abundante mano de obra; de la cual una buena parte puede estar compuesta de mujeres, y de niños, aún de muy corta edad. Ahora bien, hemos visto a este pequeño pueblo de campesinos muy pobres, pero en plena expansión demográfica, a mediados del siglo XVIII, precisamente instalado sobre esta Meseta, cuya altitud, clima y humedad convenían exactamente al café. Con herramientas muy sencillas, cualquiera podía dedicarse a este cultivo, que da un producto de gran valor en una superficie muy reducida, y puede hacerse en terrenos de fuerte pendiente, lo que es muy importante en un país montañoso. Se consagraron a él en masa y bien pronto la pro-

(14) BLANCO SEGURA, op. cit., capítulo XXX: Primeros movimientos antirreligiosos. La Masonería y el diario "La Prensa Libre", 17-9-59, artículo de Alcuino: "En la aurora de la Independencia, el Estado fue muy duro con la Iglesia, y trató de arrancarle la dirección de la educación".

(15) BLANCO SEGURA, *ibid.*, pág. 163.

(16) *Ibid.*, pág. 190 y siguientes.

ducción del grano aumentó en proporción geométrica: en 1832, 23.000 kilogramos; en 1844, 3.252.614 kilogramos; en 1899, 19 millones y medio de kilogramos.

Sin embargo, si es fácil cultivar el café, es ya más complicado tratarlo: la fermentación, el descascarado y la secada deben ser hechos con cuidado. Teóricamente, el pequeño campesino puede entregarse a estas operaciones; pero de hecho hay ventaja en proceder por grandes cantidades, en verdaderos establecimientos, los "beneficios". Para la venta en el extranjero y para la comercialización, es aún más difícil al modesto agricultor ponerse en relaciones directas con los compradores. Sólo el "Beneficio" está en capacidad de escoger los cafés, según las calidades y el gusto de los compradores, crear una marca, resolver las cuestiones complicadas que suscitan, el crédito, la venta y el envío al mundo entero de enormes cantidades del precioso producto. Estas necesidades ineluctables dieron fin a la humilde democracia campesina de los dos siglos precedentes.

Tuvo lugar una selección entre capaces e incapaces, entre aquellos que disponían de un capital y aquellos que no lo tenían: la igualdad desapareció. A la par del pequeño agricultor apareció el medio y el gran propietario; éste poseyendo a menudo, además, un "Beneficio", y pudiendo, por este hecho, imponer su ley al pequeño. Los menos capaces se vieron reducidos a vender su propiedad y a contratarse como obreros (peones) de los grandes. Se estableció una jerarquía: abajo, el peón, proletario; luego el pequeño propietario fragmentario, que trabaja una parte de su tiempo en propiedad de otro; el mandador (contraamaestre), que dirige el trabajo de los peones; el pequeño propietario con terreno suficiente para bastarse con su mano de obra familiar; el medio propietario que ejercía, a menudo, otro oficio principal, comercio, profesión liberal, pero que posee una "finca", a título de colocación de sus ahorros, y adonde va con su familia a pasar los días feriados o las vacaciones; el gran propietario que dirige él mismo la explotación, o la hace por medio de otra persona, pero que saca lo esencial de sus recursos del café; en fin, el propietario de "beneficio", que tiene siempre al mismo tiempo, grandes plantaciones de café.

Hasta principios de este siglo, se puede decir que la oligarquía de los *cafetaleros* era, al mismo tiempo, la clase gobernante, que retenía todos los hilos del Ejecutivo o del Parlamento. El humilde campesino, iletrado, era muy incapaz de interesarse por los negocios públicos. En cada aldea, un personaje influyente, generalmente el gran propietario de la región, el "cacique", que se llama en Costa Rica el "gamonal", dictaba a las gentes cómo era preciso votar. Pero, el enorme desarrollo de la enseñanza pública (Costa Rica ha suprimido el ejército, y consagra cerca de los 2/5 de los gastos públicos a sus escuelas), ha educado al ciudadano; el antiguo igualitarismo del pobre campesino, su individualismo, su espíritu independiente, se han transformado en espíritu cívico.

Nacieron partidos bastante fuertemente organizados, pero menos ideológicos que personalistas es decir, centrados alrededor de una personalidad política), con sus periódicos y sus asociaciones locales. De la misma manera ha surgido un sindicalismo, pero aún poco desarrollado. Pero, sobre todo, se ha dado una legislación del Trabajo y de la Seguridad Social, bastante avanzada, que da cada vez más al trabajador la noción de sus derechos y de su dignidad. Como en los países más desarrollados, el asalariado costarricense sabe hoy muy bien "reivindicar". Los problemas sociales han tomado consistencia con la aparición de clases sociales bien marcadas. Pero las dificultades se arreglan, generalmente, de manera pacífica y democrática, en una atmósfera de completa libertad de opinión y de libertad de prensa. Esta última está siempre lista para señalar los abusos; y los poderes públicos se apresuran a ponerles remedio. Los asuntos en litigio entre los particulares y la Administración se discuten abiertamente en los periódicos; los Ministros responden personalmente a las críticas que se les hacen.

Las precedentes páginas no son sino una introducción al estudio de una "civilización del café". Habría que levantar monografías sobre el propio campo de investigación, lo más detalladas posible, que analicen a fondo los tipos enumerados antes y eventualmente otros que podrían descubrirse durante la encuesta.

Las grandes consecuencias del cultivo del café en Costa Rica saltan a la vista. Del país más pobre de todo el Continente, se ha convertido en uno de los más ricos de la América Latina, y justifica, al fin, su nombre. El inmenso Brasil produce cerca de veinte millones de sacos de café del corriente. La minúscula Costa Rica produce más de un millón, pero de la mejor calidad. En 1948, 68.000 manzanas (1 manzana = 0.69 hectáreas) estaban consagradas al café; hoy, más o menos, 90.000. De 47.286 explotaciones agrícolas, 21.987 son de café; o sea, 46.50%. En valor, 51% de las exportaciones provienen del café.

En 1957, la renta por habitante de Costa Rica era de \$ 325.00, y ha pasado hoy a \$ 335.00. En los otros países de la América Central esa renta era de:

El Salvador	207
Nicaragua	185
Guatemala	162
Honduras	162

(Boletín de información del Banco Central de Costa Rica, 27/4/1960).

De los 15 países de América Latina, Costa Rica ocupa el tercer lugar por la renta por habitante, pues viene inmediatamente después de Venezuela y Cuba. Por el consumo de electricidad, con 330 K.W.H. por habitante viene en el quinto lugar, después de los dos países mencionados, Chile y Argentina (Honduras, 50 K.W.H.) (Banco Central, Boletín del 1/6/1960). Aunque el peón sea pobre, es rico en comparación con los de otros países del Continente. La tierra está muy dividida. De las 21.987 explotaciones de café, 59% tienen menos de 14 manzanas. 27% tienen de 5 a 14; es decir, una superficie que permite a una familia vivir del propio trabajo sobre su pequeña propiedad. 33.8% de las explotaciones corresponden a la propiedad media, de 15 a 99 manzanas. La gran propiedad de más de 100 manzanas no alcanza más que al 7.2% del total de las explotaciones, pero alcanza 35.8 de la superficie cultivada en café, y 44.2% de la producción. Pero no hay, propiamente hablando, latifundios; las propiedades muy grandes son raras, y no hay proletariado agrícola privado de tierra. Todo ciudadano que quiere ponerse a cultivar, puede obtener tierra del Estado, que posee aún inmensas extensiones vírgenes.

Hasta 1950, el cultivo del café se hacía por procedimientos tradicionales. La concurrencia en el mercado mundial ha obligado a Costa Rica a desenvolver la investigación científica en este campo. La repartición armoniosa de la tierra, en pequeña, media y gran propiedad, es, desde este punto de vista, prenda de progreso, pues no es sino sobre estas dos últimas, casi, que puede intentarse experiencias, y llevar a su culminación el progreso de los métodos. Los rendimientos son, en efecto, muy variables. Van de 7 fanegas (la fanega = 400 libras de 460 gramos) por manzana, a 18 fanegas. El pequeño propietario, aleccionado por los más grandes, puede esperar que aumente su débil rendimiento, y mejorar así su situación. Por otra parte, se preocupan mucho en Costa Rica por evitar el monocultivo. El banano, el cacao, el ganado, las industrias agrícolas de transformación y otras pequeñas industrias están en pleno desarrollo. Por eso, a pesar de la baja de los precios mundiales del café, la situación económica del país permanece sana. La calidad superior del café costarricense permite venderlo siempre más fácilmente que los otros cafés, a pesar de la crisis.

Del miserable colono del siglo XVIII al caficultor de 1960, ¡qué diferencia! Sin embargo, el campesino costarricense de hoy guarda el recuerdo de sus orígenes.

Exteriormente manifiesta una gran sencillez: a menudo, con los pies desnudos, pero el vestido limpio, un sombrero y un paraguas; moralmente, dignidad e independencia, ninguna incomodidad frente a un "superior", aptitud para salirse con la suya. Pero también, con la dulzura del clima, la limitación de las necesidades, la idea de que "todo saldrá bien", que un "poco más o menos" basta, que "ya se ha hecho bastante". Los pocos contactos que tiene con el exterior le dejan la ilusión patriótica de que todo va bien en Costa Rica, que no hay necesidad de consejo de los extranjeros. Por supuesto, es una ilusión, porque, cada día más, el Mundo se hace uno, y no es posible vivir en el aislamiento. El pequeño "Tico" tiene, sin embargo, algunas buenas cartas en mano. Con el "grano de oro" puede, si quiere darse la pena, pagarse el lujo de una educación siempre mejor, en el dominio técnico primero, y después, para coronar el todo, a fin de guardar el contacto con el mundo, esa cultura general que hace al hombre verdaderamente superior.

El Autor, Philippe Périer, Embajador de Francia en Costa Rica, es Vice-Presidente de la Sociedad de Economía y Ciencias Sociales (París), Miembro del Instituto Internacional de Sociología (Roma). Oficial de la Legión de Honor, etc. Algunos de sus estudios los ha firmado con el pseudónimo "Jean Philippe Robert". Es Autor de *Deux Humanités (Orient-Occident-Blocs mondiaux)*, 1947; *La vie agricole en Syrie et au Liban*, 1938; *Biografías de Sociólogos*, 1948, 1952; *Los tipos familiares catalanes y franceses según la Escuela de Le Play*, 1956; *Voyage aux Iles d'Amérique*, 1959, y numerosos trabajos sobre Metodología y problemas de Sociología, aparecidos especialmente en "Etudes Sociales", París. El presente estudio fue una comunicación en el XIX Congreso Internacional de Sociología, México, 1960.

Traducción de Sira Jaén.